

podido hasta el día convencer á Moisés del más leve error. Se han inventado objeciones innumerables contra estos libros, sobre todo contra el Génesis, donde se refiere la historia de la creación del mundo y los primeros acontecimientos de la humanidad. Las objeciones sacadas de las ciencias, tales como la geología, la astronomía, la cronología descansan, ya sobre hechos científicos inciertos ó mal explicados, ya sobre falsas interpretaciones del texto bíblico (1); de modo que al examen claro é imparcial fácilmente se desvanecen. Si algunas veces, ciertas dificultades han parecido graves, un estudio atento, una ciencia más profunda han dado al traste con la objeción, rindiendo homenaje á la veracidad de Moisés. Bastará citar tres testimonios ilustres. « Moisés, dijo Cuvier, » nos ha legado una cosmogonía cuya exactitud se » comprueba todos los días de un modo admirable. » Las observaciones geológicas recientes concuerdan » á maravilla con el Génesis sobre el orden en que » sucesivamente han sido criados todos los seres » organizados... » Ampère, en su *Teoría de la Tierra*, escribe estas palabras: « Ó Moisés tenía de las ciencias una instrucción tan profunda como la de » nuestro siglo, ó era inspirado (2). » El sabio Dumont, muerto en Lieja en 1837, decía al fin de su vida: « Es cosa sorprendente, que después de todos los » progresos realizados por la geología, debemos » reconocer que Moisés, en una época tan remota, » habló exactamente de todo, entre otras cosas sobre

(1) Véase más abajo, part. 2, cap. 4, la Creación.

(2) Véase *Cursus Scripturæ sacræ*, tomo I, *Difficultates libri Genesis*, pág. 158 y siguientes.

» las diversas capas, y la sucesión de la creación de » los seres (1). »

56. Resumiendo, todos los libros históricos de ambos Testamentos tienen autoridad irrecusable. De aquí se sigue que si refieren las profecías y milagros, que confirman la religión cristiana, estos hechos, aunque tienden al orden sobrenatural, no son menos ciertos en el orden puramente histórico.

Abriendo los libros así del Antiguo (2) como del Nuevo Testamento se encuentran consignados estos hechos sobrenaturales, pruebas irrefragables de la verdad de nuestras creencias. *Felicitémonos*, escribía á su hijo el famoso d'Aguesseau, *felicitémonos de que los milagros sobre que descansa nuestra fe, son hechos tan averiguados como las conquistas de Alejandro ó la muerte de César.*

Vamos á recoger ahora estos hechos, y á presentarlos en resumen como pruebas de la verdadera religión.

Artículo tercero

HECHOS Y PRUEBAS

57. Hay un hecho brillante que salta á los ojos del mundo entero y es la existencia de la religión cristiana y su historia admirable. Salida de la religión judaica como una flor de su tallo, comenzó en Judea, bajo el

Conclusión.

Dos hechos incontestables.

(1) *Diario de Bruselas*, 4 marzo 1837.

(2) En rigor, bastaría para demostrar la divinidad del cristianismo, apoyarse sobre los milagros y profecías del Nuevo Testamento. Si damos también las del Antiguo, no es más que para corroborar la demostración, para exponer el cuadro completo de la revelación cristiana y para mostrar la armonía de uno y otro Testamento.

reinado del emperador Tiberio. Se extendió rápidamente por el mundo pagano, sentó su trono en Roma, derribó la idolatría y cambió la faz de la tierra creando una sociedad y una civilización nueva, la civilización cristiana.

Después de diez y ocho siglos, á pesar de persecuciones y pruebas sin número, vemos á esta admirable religión crecer y desarrollarse siempre llena de juventud, de vigor y de fecundidad.

Ved aquí un primer hecho incontestable é incontestado.

Segundo : esta religión cristiana es divina ; esto es, fundada por Dios como religión verdadera, por la cual el género humano debe honrar á su Criador.

Este segundo hecho es tan incontestable como el primero ; pero no incontestado : los incrédulos, y los impíos lo rechazan con encarnizamiento. Por eso debemos demostrarlo con pruebas irrecusables.

Triple
prueba

Aunque estas pruebas son numerosas, las reduciremos á tres :

1º. Prueba sacada de la preeminencia del catolicismo sobre las demás religiones.

2º. Prueba sacada de las profecías.

3º. Prueba sacada de los milagros.

§ I. Prueba sacada de la preeminencia del cristianismo

Superioridad del cristianismo.

58. Al echar una ojeada á todas las religiones que existen sobre la tierra, se ve que están reducidas á cuatro principales : el paganismo al cual se refieren el racionalismo y la incredulidad ; el mahometismo, el judaísmo y el cristianismo. Entre estas religiones hay dos que ostentan las señales de su carácter

divino y dominan á las otras : la judaica y la cristiana ; pero esta última, salida de la sinagoga mosaica, se ha levantado por cima de ella, eclipsándola con su esplendor, hasta el punto de brillar sola, hace diez y ocho siglos á los ojos del universo, como ciudad luminosa situada sobre una montaña.

Basta, en efecto, comparar la fe y el culto cristiano, -1) con las añejas ceremonias del judaísmo actual, -2) con los errores manifiestos, las torpezas del mahometismo y del judaísmo, para reconocer la superioridad de la religión de Jesucristo.

Sólo el cristianismo es verdaderamente digno de Dios y del hombre. Él solo abraza la humanidad entera, y como ha dicho un escritor ilustre, todo lo domina, los tiempos y los siglos. Parte de la eternidad para entrar en la eternidad, sale de Dios para volver á Dios y descansar eternamente en Dios. Todo en él es verdad y santidad. Los que lo estudian, encuentran, á medida que profundizan en sus dogmas, una armonía maravillosa, una belleza, una grandeza, una evidencia de verdades siempre crecientes. Por último, todo el mundo puede reconocer que la pureza de su moral, la sublimidad de sus misterios, la dignidad de su sacerdocio, la majestad de su culto y de sus ceremonias lo elevan tan alto, que á los ojos de la razón, si existe una religión verdadera sobre la tierra, no puede ser otra que la religión cristiana.

Ved aquí el razonamiento de donde esta conclusión se deriva. La religión cristiana es evidentemente superior á todas las otras ; es así que semejante religión no puede ser falsa ; luego la religión cristiana no puede ser más que la verdadera. — Expliquemos la menor de este silogismo y mostremos que, en virtud

Razonamiento fundado sobre esta superioridad

de las divinas perfecciones una religión superior á todas las demás no puede ser falsa.

Si así fuese, el hombre sería juguete del error y lo sería por culpa de Dios; el cual habría entregado invenciblemente su criatura racional al espíritu de mentira, lo que es absurdo suponer. — Ved aquí la prueba. En materia de religión el hombre está obligado por su naturaleza racional, es á saber, por Dios mismo, autor de esta naturaleza, á abrazar la verdad cierta, ó en caso de duda, la doctrina más probable; porque en asunto en que están comprometidos sus intereses supremos, la razón imperiosamente le manda tomar el partido más probable y más seguro. Siendo la religión cristiana superior á las demás, claro está que es la más probable; luego el hombre está obligado por su razón y por Dios mismo á abrazar la religión cristiana. De donde se deduce que esta religión no puede ser falsa, porque en este caso, el hombre abrazaría una religión falsa por orden de Dios, lo que es imposible en cuanto la verdad y la santidad por esencia no pueden conducir á nadie á la mentira y al error

§ II. Prueba sacada de las profecías

Razonamiento.

59. La religión cristiana tiene en su favor la sanción de las profecías: se halla por consiguiente marcada con el sello de la verdad. Probemos el *antece-dente* de este entimema.

Resumen de las profecías concer-

Cristo Jesús y la religión que Él ha fundado fueron anunciados por los profetas desde la cuna del linaje humano, esto es, cuatro mil años antes de su aparición. El mismo día en que el pecado de nuestros pri-

meros padres sumergió al género humano en la esclavitud del demonio, Dios prometió un Redentor que quebrantaría la cabeza de la serpiente infernal, es decir, que rompería el yugo del pecado y del demonio (1). Más tarde Dios anunció sucesivamente que este Redentor ó *Mesias* nacería de Abraham, de Isaac y de Jacob, llamado también Israel, padre de las doce tribus; después que nacería de la de Judá, de la sangre real de David, de una Virgen que lo daría á luz, en Belén, cuando la Judea estaría sometida á un cetro extranjero; y que esto sucedería cinco siglos después, próximamente, del reinado de Cyro, rey de los Persas.

Todas estas predicciones y muchas otras se leen en los libros del Génesis, de los Reyes, de los Salmos, de Isaías y de Daniel.

Puede decirse, en general, que todo el Antiguo Testamento, no es más que una gran profecía, de la cual el cristianismo es el objeto. La futura Ley de Cristo y su reinado, es decir, su Iglesia, aparece allí como la religión nueva que reemplazará al judaísmo, como la religión perfecta y universal, por medio de la cual quiere ser Dios honrado y glorificado de todos los pueblos.

Debe añadirse que el mismo Jesucristo anunció que sería clavado en cruz, que resucitaría al tercer día y que subiría á los cielos, que el Espíritu Santo descendería sobre los Apóstoles, los cuales establecerían en toda la tierra un reino espiritual, es decir, su Iglesia, fundada sobre la primacía de S. Pedro, que las puertas del infierno, la impiedad de los hombres

(1) Génesis, cap. III.

nientes al cristianismo.

y todos los poderes de las tinieblas se levantarían, pero no prevalecerían contra ella ; — que por el contrario, Jerusalén sería destruída y su templo arruinado hasta los cimientos. — Todas estas predicciones se leen en los Evangelios.

Cumplimiento de las profecías.

Los acontecimientos han respondido á las profecías : sabemos por la historia, que se han cumplido á la letra, y aun las vemos, en parte, cumplirse á nuestra vista.

Conclusión.

La religión cristiana está, por lo tanto, marcada con el sello divino de las profecías ; luego es la religión santa y divina á la cual todos los hombres se deben someter.

§ III. Prueba sacada de los milagros

Razonamiento.

60. La religión cristiana tiene en su favor la sanción de los milagros : luego está marcada con el sello de Dios y es visiblemente divina. — Probemos el *antecedente*.

Necesidad de admitir los milagros.

Es verdad histórica, que milagros sin número acompañaron al establecimiento de la religión cristiana ; no obstante, á pesar del testimonio irrecusable de la historia, la incredulidad se obstina en negar estos milagros. Pero entonces diremos, ¿ cómo se puede explicar que el universo haya abrazado la fe cristiana ? Porque si se suprimen los milagros del Salvador, milagros probados y confirmados por los Apóstoles, si se suprimen todos los hechos prodigiosos que la historia de la Iglesia atestigua, no hay más que admitir el más grande, más inverosímil, más incomprendible de todos los milagros, es á saber, que la religión de Jesucristo ha podido, sin ser probada

con milagros, establecerse, propagarse y conservar hasta nuestros días el imperio del universo. — Luego es imposible negar los milagros : la misma impiedad se ve obligada á confesarlos.

Los milagros obrados en favor de la religión cristiana pueden dividirse en tres clases : 1º. milagros del Antiguo Testamento ; 2º. milagros del Nuevo Testamento ; 3º. milagros de la palabra evangélica.

1º. *Milagros del Antiguo Testamento*. — Abriendo el Antiguo Testamento se encuentran prodigiosos resplandecientes obrados en favor del pueblo de Israel y de la religión mosaica : tales son las plagas de Egipto, que obligaron á los impíos de esta comarca á reconocer el dedo de Dios ; — el paso del mar Rojo y la ruina de los Egipcios entre las aguas ; — la columna de nube y de fuego, que guiaba á los Israelitas por el desierto ; — la promulgación de la ley en medio de los truenos del Sinaí ; — la permanencia de los Israelitas en el desierto, donde Dios los alimentaba con el maná que caía del cielo y con el agua que hacía brotar de las rocas ; — por último, la conquista del país de Chanaan y toda la serie de acontecimientos maravillosos, por los cuales las tribus de Israel se establecieron y mantuvieron en la tierra prometida á sus padres.

Estos milagros, tan numerosos como brillantes, no prueban solamente la divinidad de la ley mosaica, prueban también, aunque de un modo indirecto, la divinidad de la religión cristiana salida de la ley antigua como de su propia raíz. Porque si la raíz fué plantada por mano de Dios, el fruto que produce viene igualmente de Dios.

Nada hay por otra parte más claro que esta

Clasificación y resumen de los milagros.

Prueba contenida en los milagros del antiguo Testamento.

Conexión

entre la ley
antigua
y la
nueva.

conexión entre la Sinagoga y la Iglesia. La primera es una preparación, una introducción á la segunda. La ley (mosaica), dijo el Apóstol, fué un guía para conducirnos á Jesucristo: *Pædagogus noster fuit in Christo* (Gal. iii. 24). — La ley antigua, dijo S. Agustín, llevaba en su seno á Cristo, que más tarde debía ser su fruto: *Lex a Christo gravida erat* (1). — Moisés, al dar su ley, anunció que después de Él vendría otro profeta, legislador como él, pero legislador por excelencia que sería preciso escuchar: *Prophetam de gente tua et de fratribus tuis sicut me suscitabit tibi Dominus Deus tuus: ipsum audies*. (Deut. xviii, 15) (2).

2º. *Milagros del Nuevo Testamento*. — En el Nuevo Testamento, en los cuatro libros de los Evangelios y en el de los Hechos Apostólicos, leemos los milagros que obraron Jesús y los Apóstoles, en testimonio de la misión divina de Jesucristo y de la veracidad de su doctrina.

Por lo que concierne á Jesucristo son curaciones, resurrecciones de muertos y otros beneficios que Él obraba para demostrar su soberano dominio sobre toda la naturaleza. — Curaba á los enfermos: leprosos, paralíticos, sordos, mudos, ciegos, todos recobraban la salud por una palabra de su boca, por un simple acto de su voluntad omnipotente. Cambiaba el agua en vino, multiplicaba el pan para alimentar á millones de hombres, llenaba las redes de pesca prodigiosa, calmaba los vientos y las olas del mar, libraba del

(1) S. Agustín, Sermón 20 de Sanctis.

(2) V. *Elementa Theol. dogm.* Tract. 2, n. 234 y siguientes. *De relatione revelationis Mosaicæ cum religione christiana.*

demonio á los energúmenos y resucitaba á los muertos próximos ya á la corrupción (1).

Todos estos prodigios son claros é indudables: Jesús los obró á la luz del día, sin preparativos, delante de millones de testigos, en toda clase de personas, muchas veces ausentes; de modo que no dejaba lugar á dudas ni aun á la más leve sospecha de fraude. Para convencerse, no hay más que leer, por ejemplo, la multiplicación de los panes (S. Juan, cap. vi); la resurrección de Lázaro (S. Juan, cap. xi), de que fueron testigos los Fariseos de Jerusalén; la curación del ciego de nacimiento (S. Juan cap. ix) examinada jurídicamente en su tribunal.

Entre los milagros del Salvador, hay uno que supera á todos los demás; el cual brilla con luz tan clara que disipa todas las tinieblas é ilumina al mundo entero; es el de la resurrección de Jesucristo, milagro por excelencia de que hacemos mención en el simbolo de los Apóstoles cuando decimos: *Creo en Jesucristo, su único hijo... que resucitó de entre los muertos al tercero día* (2).

Jesucristo obró milagros sin número; pero esto no es todo, porque Él dió también á sus discípulos el poder de obrarlos del mismo modo pero en nombre de su Maestro. Comenzó S. Pedro por la curación de un pobre cojo tendido á la puerta del templo: *En nombre de Jesús de Nazareth, le dijo, levántate y anda*. En el mismo instante el cojo se levantó perfectamente

(1) Se pueden ver estos hechos en todas las páginas del Evangelio. Véase también, *Historia de la vida de Jesucristo*, por el P. de Ligny. *La vida de Nuestro Señor*, por el Abate Hurdebise.

(2) El hecho de la resurrección de Jesucristo quedó demostrado más arriba, pág. 47.

curado y anduvo y dió saltos de alegría á la vista de todo el pueblo. El mismo Apóstol devolvió la salud á innumerables enfermos que eran llevados de todas partes á Jerusalén; bastaba muchas veces que la sombra del Apóstol se proyectase sobre ellos al pasar para que los librase de sus enfermedades.

Lo que S. Pedro hacía en Jerusalén, los demás Apóstoles lo hacían en otras partes; por dondequiera confirmaban su predicación con milagros.

Después de la muerte de los Apóstoles continuaron repitiéndose estos prodigios entre los cristianos, como lo atestigua la historia eclesiástica, y como lo estamos viendo en los tiempos presentes.

3º. *Milagros de la palabra evangélica.* — No queremos significar aquí la doctrina evangélica que considerada en sí misma ofrece milagros de sabiduría infinita (1); sino los efectos prodigiosos obrados en el mundo por la predicación del Evangelio. Estos efectos pueden reducirse á tres: -1) la propagación rápida y sorprendente de la religión cristiana, á pesar de innumerables obstáculos; -2) su inalterable conservación en medio de las persecuciones y de las herejías; -3) la constancia de sus mártires en los tormentos más crueles.

-1) Para ver la influencia sobrenatural en esta propagación, conviene colocarse en el punto de vista de la dispersión de los Apóstoles, y considerar de una parte, sus empresas y sus dificultades, y de otra sus éxitos prodigiosos.

La *empresa*, -a) consistía en abolir la idolatría, que señoreaba en todas las naciones sostenida por todos los poderes humanos; -b) en aniquilar el judaísmo

(1) Véase más arriba núms. 53, 58.

desde tan largo tiempo establecido por Dios, declarándole abrogado por el Justo, á quien la Sinagoga acababa de clavar en la cruz; -c) en levantar sobre sus ruinas una nueva religión, cuyos dogmas incomprensibles y cuya severa moral debían hacerla inaceptable.

La *imposibilidad* de semejante empresa, contemplada desde el punto de vista humano, es evidente. Basta considerar los tiempos, los obstáculos y los medios. -a) Los tiempos escogidos para analizar esta concepción extraña, fueron los de Augusto y Tiberio, de refinamiento y de cultura, de orgullo y de corrupción; en que Roma hecha reina de todas las naciones, ejercía un magisterio universal con sus leyes y sus costumbres cimentadas sobre el paganismo. -b) Los obstáculos eran, entre otros, las pasiones, las preocupaciones y las ideas recibidas; la oposición de la Sinagoga y el formidable poder de Roma, armada para defender á sus dioses. -c) Los medios humanos, enfrente de estos obstáculos, eran completamente nulos; doce pescadores de Galilea, pobres, ignorantes en el arte de bien decir, se presentan sin otras armas que la verdad de la doctrina que anunciaban. Se presentan literalmente, según la palabra de su Maestro, *como corderos en medio de lobos*, de los cuales no podían menos de ser presa.

¿Cuál fué su *éxito*? Triunfaron de los lobos á quienes supieron convertir en corderos. Los Judíos y los paganos hiciéronse cristianos humildes, ganosos de imitar al Cordero de Dios, tipo de inocencia y de dulzura. La fe se propagó tan rápidamente no sólo en las provincias del imperio romano, sino entre los Partos y en la India, en África, en España, en las Galias, entre los Germanos y los Bretones que á la

muerte del apóstol San Juan, ocurrida á fines del siglo primero, apenas podía señalarse un país que no hubiera recibido la fe cristiana (1).

-2) La conservación del cristianismo no es menor prodigio que su establecimiento, si se considera que tuvo que luchar constantemente contra tres enemigos, de los cuales, humanamente hablando, le hubiera sido imposible triunfar: -a) las persecuciones que debían ahogarle por la fuerza; -b) las herejías que debían aniquilar su doctrina; -c) la corrupción de costumbres que debía apagar su espíritu de santidad. Combatiéronle bajo todas las formas las puertas del infierno, pero no pudieron prevalecer contra él.

-3) Los mártires que desde San Esteban hasta nuestros días, han inundado con su sangre todos los países, y todas las regiones del mundo, ofrecen un espectáculo humanamente inexplicable y donde debe reconocerse la acción de lo Alto. Para convencerse, no hay más que considerar, con la historia en la mano, -a) los horrores y la fiereza de sus suplicios; -b) la serenidad de su constancia; -c) los frecuentes prodigios obrados en su favor; -d) y por último su número valuado en más de nueve millones (2).

Hemos, pues, demostrado que la religión cristiana lleva en su frente el signo divino de los milagros: fácil es sacar la conclusión.

(1) Tert. Adv. Jud. n. 7. — S. Agustín, In ps. 44. — S. Crisóstomo, Homil. 3, 4, 5, in Epist. I Cor.

(2) V. Frayssinous, Conferencias: Fundación del cristianismo; — La religión demostrada por las maravillas de su establecimiento; — Cuestiones sobre los mártires. — Además, Elementa theol. dogmaticæ, tomo I tratado, 2. De religione christiana, núms. 327, 334, 335 y siguientes. — Boone, Manual del Apologista, 2ª parte.

61. Resumiendo, como en un haz, los hechos de la preeminencia, de las profecías y de los milagros, que distinguen la religión cristiana, podemos decir con Ricardo de san Víctor: *Si estamos equivocados, ¡oh Dios mío! Vos mismo sois quien nos habéis inducido á error, Vos que atestiguáis la verdad de nuestra fe. Porque esta fe se halla autorizada con signos y prodigios tan grandes é innumerables, que sólo Vos pudisteis obrarlos.*

Resumen
de todas
las
pruebas

62. Tal es, por consiguiente, la verdad y la certidumbre de la religión cristiana que metafísicamente excluye la posibilidad del error, puesto que el error no podía venir más que de Dios mismo que es la verdad por esencia. Esta conclusión conduce á otra enteramente práctica; porque la revelación cristiana se presenta al género humano no como una simple verdad teórica que basta ser admitida, sino como una ley religiosa absolutamente necesaria y obligatoria: *Cualquiera que crea y reciba el Bautismo, dijo Jesucristo, será salvo; todo el que no crea será condenado.* Luego es necesario aceptar y practicar esta ley so pena de condenarse.

Conclu-
sión.

Hemos demostrado los hechos de la *revelación* y la verdad de la *religión cristiana* contra los incrédulos; vamos ahora á demostrar la verdad de la *religión católica* contra los herejes de diversas sectas.